

COMENTARIOS SOBRE LAS VIRTUDES HUMANAS

Por Carlos A. Coto

*Si no entendéis las cosas de la tierra,
¿cómo entenderéis las celestiales? Jn 3,12.*

Las virtudes hacen más grata la convivencia y fácil la vida cotidiana en la familia, en el trabajo, en el tránsito de la calle y en toda circunstancia de la vida. Entre las virtudes humanas que tienen relación con la convivencia diaria se encuentran la gratitud, la amistad, el respeto, la afabilidad, la benignidad, la indulgencia, la educación y urbanidad, la simpatía, la cordialidad, el elogio oportuno. Puede hacerse comprender la verdad y amonestar siempre que se haga con dulzura. Hay que sentir indignación contra el mal y estar resuelto a no transigir con él; sin embargo, hay que convivir dulcemente con el prójimo. La gente tiene una vieja sed de sonrisas, una gran necesidad de que alguien le contagie un poco de alegría, de aprecio... A nuestra puerta encontramos cada jornada una serie de personas con las que convivimos, trabajamos, que esperan esa breve muestra acogedora. En la convivencia diaria la alegría, el optimismo, el aprecio... abren muchas puertas que estaban a punto de cerrarse al diálogo o a la comprensión... No hay que dejar que se cierren.

Vicio es la falta de rectitud o defecto moral en las acciones. Es el hábito de obrar mal. Es el defecto o el exceso que como propiedad o costumbre tienen algunas personas, o que es común a una colectividad.

Para adquirir un hábito hace falta repetir un acto muchas veces. Ese acto puede ser malo o bueno; si es malo estamos en presencia de un vicio, pero si

ese acto repetitivo es bueno, estamos en presencia de una virtud, que es lo opuesto a un vicio.

Las virtudes morales naturales se adquieren. Es decir que el hombre puede esforzarse para desarrollar la virtud más y mejor. La virtud adquirida difiere de la virtud infusa en que esta última ordena al fin último sobrenatural, mientras que la virtud adquirida mejora a la persona a nivel natural. Las virtudes morales naturales son las humanas.

Éstas proporcionan un nuevo empuje para desenvolverse con hombría de bien; pero no basta el afán de poseer esas virtudes: es preciso aprender a practicarlas, aprender a hacer el bien. Hay que ejercitarse habitualmente en los actos correspondientes -hechos de sinceridad, de veracidad, de ecuanimidad, de serenidad, de paciencia- porque obras son amores y no cabe amar sólo de palabra, sino con obras y de verdad.

Se puede, entonces, definir a las virtudes humanas como hábitos operativos buenos que hacen falta para autodominarse y luego entregarse.

Hay tres pasos que seguir para lograr el desarrollo de mejora del ser humano, que son: autoconocerse para autoposeerse para entregarse. El desarrollo de las virtudes humanas es lo que permite hacerlo. Por eso se puede decir que la madurez natural del hombre es resultado del desarrollo armónico de las virtudes humanas. Es difícil pensar que se podría conseguir el desarrollo armónico de las virtudes sin contar con la familia, seno de la educación del hombre. Se puede desarrollar una virtud de acuerdo con dos factores: la intensidad con la que se la vive, y la rectitud de los motivos al vivirla. En la familia se puede conseguir que las personas desarrollen las virtudes motivadas por el amor, por saber que todo miembro de la familia tiene el deber de ayudar a los demás miembros de la familia a mejorar, porque lo que crece o lo que se enferma es un mismo cuerpo, una misma entidad, la familia. La familia es sede del desarrollo de las virtudes humanas, sin ella difícilmente se podría conseguir el desarrollo de estos hábitos operativos buenos, contando con la intensidad con que se viven y con la rectitud de los motivos al vivirlos. La familia es la primera escuela de las virtudes humanas sociales y que todas las sociedades necesitan, y el ejemplo es el medio más importante para educar y educarnos en el desarrollo de las mismas.

Por otra parte, no consiste en practicar una o unas cuantas virtudes: es preciso luchar por adquirirlas y practicarlas todas. Cada una se entrelaza con las demás, y así, el esfuerzo por ser sinceros, nos hace justos, alegres, prudentes, serenos. No cabe virtud alguna que pueda facilitar el egoísmo; cada una redundan necesariamente en bien nuestro y de los que nos rodean. Todos hemos de sentirnos solidarios. Hemos de considerar que la decisión y la responsabilidad están en la libertad personal de cada uno, y por eso las virtudes son también radicalmente personales, de la persona. Sin embargo, en esa batalla de amor nadie pelea solo, de alguna manera, nos ayudamos o nos perjudicamos. Todos somos eslabones de la misma cadena.

El camino del hombre no es fácil. Ciertamente, en determinadas épocas, parece que todo se cumple según nuestras previsiones; pero habitualmente du-

ra poco. Vivir es enfrentarse con dificultades, sentir en el corazón alegrías y sinsabores; y en esta fragua el hombre puede adquirir fortaleza, paciencia, magnanimidad, serenidad.

Hay cuatro virtudes que se llaman cardinales -la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza -, porque en torno a ellas giran todas las demás: por ser necesarias para el buen desarrollo de la virtud cardinal, por ser diferentes especies subordinadas a la virtud cardinal o por ser una virtud anexa.

Hay dos virtudes detrás de todas las demás, la prudencia y la fortaleza. Así, elegir el Bien constituye la prudencia; no abandonarlo, a pesar de los obstáculos, de las pasiones y de la soberbia constituye respectivamente la fortaleza, la templanza y la justicia. Y así tenemos las virtudes cardinales.

A nivel operativo, la prudencia supone que no se pierde de vista el porqué de la acción. Si no existe prudencia, la virtud puede terminar siendo un fin en lugar de constituirse en un medio. Quien se proponga ser ordenado como fin en lugar de como medio, puede terminar siendo maniático del orden. La sinceridad, sin prudencia, puede traducirse en un desenfreno verbal. Siempre hay dos vicios en contra de una virtud, uno abiertamente contrario, y otro que tiene las apariencias de la misma virtud. Por ejemplo: el orden puede transformarse en exceso de orden o en desorden; la laboriosidad en trabajo sin límites o en pereza.

A esta altura se debe aclarar intelectualmente lo que significa cada una de las virtudes que se quieren desarrollar, de este modo será mucho más fácil aumentar el grado de intencionalidad (intensidad con que se la vive). Pasemos a considerar la definición o descripción operativa de unas cuantas virtudes.

AMISTAD: *Llegar a tener con algunas personas, que ya se conoce previamente por intereses comunes de tipo profesional o de tiempo libre, diversos contactos periódicos personales a causa de una simpatía mutua, interesándose, ambos, por la persona del otro y por su mejora.*

Entre las virtudes de convivencia se nos pide ampliar constantemente nuestra capacidad de amistad con personas muy diversas. Deberíamos poder llamar amigos a las personas con las que trabajamos o estudiamos, con las que convivimos, con las que nos relacionamos diariamente. Amigos y no sólo conocidos, vecinos, colegas o compañeros... Esto significa que hemos desarrollado una serie de cualidades humanas que fomentan y hacen posible la amistad: el desinterés, la comprensión, el espíritu de colaboración, el optimismo, la lealtad... Amistad también dentro de la propia familia: entre hermanos, con los hijos, con los padres. La amistad cuando es verdadera, resiste bien las diferencias de edades. Cuentan que a Alejandro Magno, estando próximo a morir, sus parientes más cercanos le repetían con insistencia: “*Alejandro, ¿dónde tienes tus tesoros? ¿Mis tesoros?*”, preguntaba Alejandro. Y respondía: “*En el bolsillo de mis amigos*”. Al final de nuestra vida nuestros amigos deberían poder decir que les dimos a compartir siempre lo mejor que tuvimos.

AFABILIDAD: “*Ser agradable, dulce, suave en la conversación y en el trato*”.

Otra virtud que facilita o hace posible la convivencia, virtud opuesta al gesto destemplado, al mal humor, al desorden..., a vivir sin tener en cuenta a los que nos rodean. A veces se traducirá en una palabra amable, en un pequeño elogio, en un gesto cordial que anima a seguir adelante. Una palabra buena se dice pronto; sin embargo, a veces se nos hace difícil pronunciarla. Nos detiene el cansancio, nos distraen las preocupaciones, nos frena un sentimiento de frialdad o de indiferencia egoísta. Así sucede que pasamos al lado de personas a las cuales, aun conociéndolas, apenas les miramos el rostro y no nos damos cuenta de lo que frecuentemente están sufriendo por esa sutil, agotadora pena que proviene de sentirse ignoradas. Bastaría una palabra cordial, un gesto afectuoso, e inmediatamente algo despertaría en ellas: una señal de atención y cortesía puede ser una ráfaga de aire fresco en lo cerrado de una existencia, oprimida por la tristeza y por el desaliento. Hemos de llenar de optimismo a quienes conviven con nosotros.

AUDACIA: *“Emprender y realizar distintas acciones que parecen poco prudentes, convencidos, a partir de la consideración serena de la realidad, con sus posibilidades y con sus riesgos, de que se puede alcanzar un auténtico bien”.*

La audacia es una pasión del apetito irascible, que acomete la lucha por dominar algún mal o para alcanzar algún bien. La pasión como tal es ciega y, por tanto, puede producir resultados que son poco prudentes. Precisamente por eso nos interesa más la virtud que la pasión. La pasión es sólo un movimiento instintivo, nacido de una aprehensión inmediata del logro posible, pero puede desvanecerse en cualquier momento. Hace falta la prudencia, pero también hace falta que la pasión sea fuerte. La persona puede encontrar una motivación que la convida para ser audaz en la persecución del bien. La virtud de la audacia parte de la virtud de la magnanimidad, ayuda a la persona a perseguir el bien y acometer empresas grandes, convencida de que puede conseguir algo que realmente vale la pena. Y, para que sea virtud, necesita de la prudencia.

COMPRESIÓN: *“Reconocer los distintos factores que influyen en los sentimientos o en el comportamiento de una persona, y profundizar en el significado de cada factor y en su interrelación -ayudando a los demás a hacer lo mismo- y adecuar su actuación a esa realidad”.*

Es llegar a captar los distintos factores que influyen en el estado de ánimo o en el comportamiento de otra persona, y así será más fácil ayudarla a mejorar en un sentido amplio. Nada más que sentirse comprendido puede ser una ayuda importante en algún momento. Un motivo para desarrollar la virtud de la comprensión será el deseo de ayudar a otras personas de acuerdo con sus circunstancias, teniendo en cuenta cuáles son los factores más decisivos en cada caso. Es darse cuenta, llegar a ser conscientes, del estado de ánimo de otra persona o reconocer, por su comportamiento, que necesita algo. Es reconocer las características de cada uno; notar que hay momentos oportunos e inoportunos para hablar, pedir una cosa, etc.; darse cuenta de los distintos estados de ánimo de los demás e introducir las preguntas: ¿qué habrá pasado para que el

otro actúe así?, ¿qué ha ocurrido? o ¿por qué estará tan triste, alegre, etcétera? De ese modo, ir captando los distintos factores que pueden influir sobre una persona pero la comprensión, a un nivel más profundo, solamente vendrá con el conocimiento en uno mismo de sentimientos similares a los manifestados por los demás. Comprender significa reconocer los factores que influyen en los sentimientos o en el comportamiento de otra persona y basta, para efectuar ese reconocimiento, con la experiencia propia y haber encontrado a otras personas en la misma o en una situación parecida en el pasado. Por lo menos, se puede llegar a comprender lo suficiente para ayudar a esa persona a superar su dificultad o para ayudarla a mejorar. Comprender es percibir el marco interior de referencia del otro con exactitud y con los componentes emocionales que le pertenecen, como si uno fuera esa persona, pero sin perder la condición de observador y además tener la capacidad de comunicar esta comprensión en un lenguaje apto para los sentimientos del otro.

FLEXIBILIDAD: *“Adaptar el comportamiento con agilidad a las circunstancias de cada persona o situación, sin abandonar por ello los criterios de actuación personal”*.

La flexibilidad es una virtud que está bien considerada en la sociedad de hoy pero, principalmente, porque se la entiende como un “dejarse llevar”, como una invitación a probarlo todo. Así entendida, la flexibilidad no tiene sentido. La última parte de la descripción recobra especial importancia, “sin abandonar, por ello, los criterios de actuación personal”. Para ser flexible, hace falta tener criterios y saber reflexionar para relacionar la actividad cotidiana con ellos. La flexibilidad se refiere a la disposición y capacidad de la persona de considerar como provisional su punto de vista y, por tanto, llegar a matizar o cambiar de opinión. Los motivos para vivir esta virtud son muchos, entre otros, para aprender de otras personas, para aprender en nuevas situaciones, para convivir con alegría, para adaptar continuamente nuestro quehacer a los criterios que rigen en nuestra vida, para adquirir la capacidad de rectificar.

FORTALEZA: *“En situaciones ambientales perjudiciales a una mejora personal, resistir las influencias nocivas, soportar las molestias y entregarse con valentía en caso de poder influir positivamente para vencer las dificultades y para acometer empresas grandes”*.

La fortaleza es *“la gran virtud: la virtud de los enamorados; la virtud de los convencidos; la virtud de aquellos que por un ideal que vale la pena son capaces de arrastrar los mayores riesgos; la virtud del caballero andante que por amor a su dama se expone a aventuras sin cuento; la virtud, en fin, del que sin desconocer lo que vale su vida la entrega gustosamente, si fuera preciso, en aras de un bien más alto”* (Galera, J.A., *Sinceridad y fortaleza*. Edic. Palabra, Madrid, 1974). Estas palabras nos podrían llevar a pensar que en estos tiempos modernos no existen muchas posibilidades para desarrollar la virtud de la fortaleza. De algún modo, el “bien más alto” está cubierto por un sinfín de pequeñas “necesidades” creadas por el hombre. No se trata de realizar actos sobrehuma-

nos; de descubrir las zonas del Amazonas nunca pisadas por el hombre; de salvar cincuenta niños de un incendio: éstas son posibilidades fruto de la imaginación. Más bien se trata de hacer de las cosas pequeñas de cada día una suma de esfuerzos de actos viriles, que pueden llegar a ser algo grande, una muestra de amor. Cada persona puede y debe amar, salir de sí, servir a los demás, superarse personalmente para trabajar mejor. La persona que no quiere mejorar, que es egoísta, que busca nada más que el placer, no tiene motivos para desarrollar la virtud de la fortaleza porque es indiferente al bien. Por eso se dice que esta virtud es muy de los adolescentes porque, por naturaleza, son personas de grandes ideales, que quieren cambiar el mundo. Es fuerte el que persevera en el cumplimiento de lo que entiende debe hacer, según su conciencia, el que no mide el valor de una tarea exclusivamente por los beneficios que recibe, sino por el servicio que presta a los demás. El fuerte, a veces, sufre, pero resiste; llora quizá, pero bebe sus lágrimas. Cuando la contradicción arrecia, no se dobla. El que se sabe fuerte no se mueve por la prisa de cobrar el fruto de su virtud: es paciente.

GRATITUD: *“Es el recuerdo afectuoso de un beneficio recibido con el deseo de pagarlo de alguna manera”.*

La gratitud es señal de nobleza y constituye un lazo fuerte de convivencia con los demás, pues son innumerables los beneficios que recibimos y también los que proporcionamos a otros. En muchas ocasiones sólo podemos decir gracias, o una expresión parecida que comunica ese sentimiento al alma. En la alegría que ponemos en ese gesto está nuestro agradecimiento. Santo Tomás afirma que *“el mismo orden natural requiere que quien ha recibido un favor responda con gratitud al que le ha beneficiado”*. Cuesta poco ser agradecidos y es mucho el bien que se hace: se crea un ambiente nuevo, unas relaciones más cordiales. En la medida que aumentamos nuestra capacidad de apreciar los favores y pequeños servicios que recibimos, sentiremos la necesidad de agradecer de alguna manera: que la casa esté en orden y limpia, que uno haya cerrado las ventanas para que no entre el frío o el calor, que encontremos la ropa limpia y planchada... Y si alguna vez una de esas cosas no está como esperamos, sabremos disculpar, porque son muchas las que de hecho funcionan bien. No le daremos importancia y, si está en nuestras manos, procuraremos arreglar el desperfecto, ordenar lo desordenado, cerrar o abrir lo que debía estar cerrado o abierto... También agradeceremos los servicios que pagamos o nos son debidos: al dependiente que nos atiende amablemente, al conductor del autobús que espera esos instantes para que podamos alcanzarlo...

GENEROSIDAD: *“Actuar a favor de otras personas desinteresadamente, y con alegría, teniendo en cuenta la utilidad y necesidad de la aportación para esas personas, aunque cueste un esfuerzo”.*

La generosidad es una virtud que difícilmente se puede apreciar en los demás con objetividad. En el momento de juzgar los actos de otras personas estaremos centrando la atención en el que recibe o en las características de la

aportación. Por ejemplo, si nos enteramos de que alguna persona sin problemas económicos ha regalado una cantidad de dinero a algún pariente suyo con necesidades, es lógico que le llamemos “generoso”. Sin embargo, esta aportación seguramente no le ha costado ningún esfuerzo. Un acto será muestra de generosidad o no, de acuerdo con la intensidad con que se viva la virtud y la rectitud de los motivos. Hacer algo a favor de otras personas puede significar muchas cosas distintas: por ejemplo, dar cosas, dar tiempo, prestar posesiones, perdonar, escuchar (dar atención), saludar, recibir, etc., y todos estos actos suponen una decisión en algún momento dado. La voluntad tiende por naturaleza hacia el bien. Si embargo, la generosidad supone utilizar la voluntad para acercarse al bien. Se trata de una entrega, una decisión libre de entregar lo que uno tiene. No se trata de repartir lo que uno posee de cualquier modo. Hay que darle valor a lo que poseemos. ¿Qué vale más para un hijo, un juguete caro o dos horas de mi tiempo? Si el criterio de valoración para esta respuesta fuese la alegría del hijo, seguramente las horas de tiempo son más valiosas. La valoración de lo que tenemos se ha tornado en un hecho problemático. En lo que se refiere a las posesiones (dinero y objetos) es evidente que podemos dar, regalar, prestar, etcétera. Sin embargo, una tendencia es dar lo que sobra y no dar de acuerdo con las necesidades de las otras personas. Conviene aclarar que tampoco se trata de llegar al otro extremo. Es decir, repartir todos los bienes de tal suerte que la familia no tenga lo suficiente para vivir dignamente. La primera responsabilidad es la familia y luego, se deberá atender a los demás. A veces podemos decir que la generosidad consiste en dar tiempo. Ser generoso con el tiempo significa estar dispuesto a sacrificar para el bien de los demás algo que se guarde para la propia utilización. Por ejemplo, estar dispuesto a dejar de leer el periódico cuando un hijo necesita alguien para escucharlo. Normalmente se valora el tiempo por la cantidad de dinero que se puede ganar o por el número de contactos profesionales que se pueden conseguir. Y ello en lugar de pensar que un tiempo bien utilizado podría ser ese en que se había conseguido dos sonrisas de un hijo que estaba triste o disgustado, por ejemplo. Se notará una actitud generosa en una persona que esté dispuesta a esforzarse para hacer la vida más agradable a los demás, saludando a alguien que en principio nos molesta, atendiendo a una serie de detalles que se sabe van a agradar a otra persona. Pero no se trata sólo de dar. Se puede acusar una falta de generosidad en una persona que no está dispuesta a recibir, que no deja a los demás ser generosos con ella. Hay un acto generoso que suele costar, incluso más esfuerzo que los previamente mencionados. Se trata de la posibilidad de perdonar, y para perdonar hace falta tener una gran seguridad interior y un gran deseo de servir a los demás. No se trata de quitar importancia a lo que las otras personas nos pueden haber hecho ni de ser ingenuo, sino de reconocer la necesidad de esa persona a recibir amor, a recibir nuestra generosidad (por algo que nos haya ofendido), esforzándonos en mostrar al otro que no lo hemos rechazado por lo que ha hecho. Es mostrarle que, aunque nos ha hecho tal cosa, lo aceptamos, confiamos en sus posibilidades de mejora. La generosidad nunca nos debe llevar a satisfacer los capri-

chos de los demás. Y por eso se trata de actuar prudentemente. Ninguna virtud tiene sentido sin el apoyo de la prudencia. Se trata de una actitud de servicio, pero un servicio llevado a cabo mediante decisiones prudentes. Hace falta una información adecuada sobre nuestra propia situación y sobre la de la otra persona. Hace falta saber lo que se persigue y decidir y actuar congruentemente.

HUMILDAD: *“Reconocer las propias insuficiencias, sus cualidades y capacidades y aprovecharlas para obrar el bien sin llamar la atención ni requerir el aplauso ajeno”*

La virtud de la humildad ayuda a la persona a dominar el apetito desordenado de la propia excelencia y, por tanto, crea, en parte, un ambiente adecuado para la convivencia entre personas. Para ser humilde hace falta ser realista, conociéndose a sí mismo tal como uno es. Siempre encontraremos cosas en nuestro propio ser que no nos gustan. Capacidades que no estamos aprovechando o cualidades que no estamos desarrollando. La verdad es que si uno empieza a considerarse seriamente, se da cuenta de que vale muy poco. Lo lógico podría ser aceptar la situación e intentar luchar para superarse, aunque algunas personas se refugian en la soberbia, destacando lo que poseen, lo que hacen mejor que los demás, para justificar su misma presencia de vida. La virtud de la humildad recobra su sentido más pleno cuando la persona se considera en relación con Dios. La humildad es mirarnos como somos, sin paliativos, con la verdad. Y al comprender que apenas valemos algo, nos abrimos a la grandeza de Dios: ésta es nuestra grandeza. Únicamente así, podremos aprovechar todo lo que poseemos para obrar el bien. La humildad sirve para la vida natural y sobrenatural. ¿Qué nos impide ser humildes? La soberbia. Cuando la soberbia se adueña de uno, no es extraño que detrás vengan todos los vicios: la avaricia, las intemperancias, la envidia, la injusticia. El que se considera superior a todos y a todo, está continuamente contemplándose a sí mismo y despreciando a los demás, que le corresponden burlándose de su vana fatuidad.

JUSTICIA: *“Esforzarse continuamente para dar a los demás lo que es debido, de acuerdo con el cumplimiento de sus deberes y de acuerdo con sus derechos -como persona (a la vida, a los bienes culturales y morales, a los bienes materiales), como padres, como hijos, como ciudadanos, como profesionales, como gobernantes, etc.-, y a la vez intentar que los demás hagan lo mismo”*

Esta virtud pone en orden nuestras relaciones con los demás; hace que respetemos mutuamente nuestros derechos; hace que cumplamos con nuestros deberes; pide sencillez, sinceridad, gratitud, obediencia, amistad. Si hubiera un desarrollo de esta virtud en cada uno de los miembros de la sociedad, habría un bienestar casi completo; y también paz. Ser justo no supone actuar de un modo justo en actos aislados, sino el hábito de actuar constantemente según las normas de la justicia. Esta virtud reside en la voluntad y no en el entendimiento; no dirige actos cognoscitivos como la virtud de la prudencia, sino que busca el correcto comportamiento en las acciones. Justicia es dar a cada uno lo

suyo; pero esto no basta. Por mucho que cada uno merezca, hay que darle más. La mejor caridad está en excederse generosamente en la justicia; caridad que suele pasar inadvertida, pero que es fecunda. Es una equivocación pensar que las expresiones “término medio o justo medio”, como algo característico de las virtudes morales, significan mediocridad: algo así como la mitad de lo que es posible dar o realizar. Ese amor sin límites revierte sobre quienes nos rodean, en abundancia de generosidad, de comprensión, de caridad.

LABORIOSIDAD: *“Cumplir diligentemente las actividades necesarias para alcanzar progresivamente su propia madurez natural y sobrenatural, y ayudar a los demás a hacer lo mismo, en el trabajo y en el cumplimiento de los demás deberes”.*

La laboriosidad ayuda a desarrollar la capacidad de acometer, de realizar una serie de actividades con ahínco, supone que la persona tiene motivos suficientes para superar los obstáculos que pueden surgir. Para ello la laboriosidad cuenta con el amor como motivo principal. La posibilidad de realizar distintos actos por amor, a su vez, depende de que la persona esté en condiciones adecuadas para amar, que sepa amar, que esté dispuesta a amar. Por eso, la laboriosidad y diligencia se confunden en una sola virtud: en el empeño por sacar partido a los talentos que cada uno ha recibido. Son virtudes porque inducen a acabar bien las cosas. El que es laborioso aprovecha el tiempo. Hace lo que debe y está en lo que hace, no por rutina, ni por ocupar las horas, sino como fruto de una reflexión atenta y ponderada. Por eso es diligente. El uso normal de esta palabra -diligente- nos evoca ya su origen latino. Diligente viene del verbo *diligo*, que es amar, apreciar, escoger como fruto de una atención esmerada y cuidadosa. No es diligente el que se precipita, sino el que trabaja con amor.

LEALTAD: *“Aceptar los vínculos implícitos en su adhesión a otros -amigos, jefes, familiares, patria, instituciones, etc.,- de tal modo que se refuerza y protege, a lo largo del tiempo, el conjunto de valores que representan”.*

La lealtad está relacionada con la perseverancia, la responsabilidad, el respeto, la prudencia e incluso con alguna otra virtud. La lealtad es la virtud que ayuda a la persona a actuar con congruencia respecto a la palabra dada. Ante un amigo que va por el camino equivocado, la lealtad llevará a hacer lo necesario para ayudarlo. Es decir, se intentará ayudar al amigo a relacionar su hacer con el vínculo establecido para que no se deshaga.

MAGNANIMIDAD: *“Grandeza y elevación de ánimo. Ánimo grande, alma limpia en la que caben muchos”.*

Es la fuerza que nos dispone a salir de nosotros mismos para prepararnos a emprender obras valiosas, en beneficio de todos. No anida la estrechez en el magnánimo; no media la cicatería, ni el cálculo egoísta, ni la trapisonda interesada. El magnánimo dedica sin reservas sus fuerzas a lo que vale la pena; por eso es capaz de entregarse él mismo. No se conforma con dar: se da.

OBEDIENCIA: *“Aceptar, asumiendo como decisiones propias, las de quien tiene y ejerce la autoridad, con tal de que no se opongan a la justicia, y realizar con prontitud lo decidido, actuando con empeño para interpretar fielmente la voluntad del que manda”.*

La obediencia despierta, en algunas personas, la sensación incómoda de tener la propia voluntad dominada por el poder de otra. Al obedecer, piensan que están sacrificando su propia personalidad. Creen que obedecer supone negación de la libertad, de la iniciativa, de la creatividad. Si la persona obedeciera exteriormente, pero con una rebeldía interior, no habría virtud. Si obedeciera porque le es simpática la persona, tampoco habría virtud. Hay virtud en obedecer cuando se cumple porque se reconoce la autoridad de la persona que manda. El problema principal respecto a la poca aceptación de esta virtud es que se ha puesto en duda la misma necesidad de contar con “autoridades”. El motivo de obedecer a la autoridad legítima es la certeza de que, mediante la obediencia, no podemos equivocarnos. El que manda puede equivocarse. El que obedece, no, con tal de que no cumpla con algo que se oponga a la justicia.

OPTIMISMO: *“Confiar, razonablemente, en sus propias posibilidades, y en la ayuda que le pueden prestar los demás, y confiar en las posibilidades de los demás, de tal modo que, en cualquier situación, se distingue, en primer lugar, lo que es positivo en sí y las posibilidades de mejora que existen y, a continuación, las dificultades que se oponen a esa mejora, y los obstáculos, aprovechando lo que se puede y afrontando lo demás con deportividad y alegría”.*

Puede considerarse el optimismo como una condición personal que permite a cada uno optimizar la situación con realismo. El desarrollo de la virtud del optimismo supone ser realista y conscientemente buscar lo positivo antes de centrarse en las dificultades. O ver lo que pueden ofrecer las dificultades. La intensidad con que se vive esta virtud dependerá de la capacidad de la persona de distinguir lo que es positivo en situaciones que presentan más o menos dificultades. Algunas solamente son optimistas cuando la situación es totalmente favorable, pero otras consiguen liberarse de la atadura de lo inmediato, fijándose más en lo que persiguen. Esas personas para desarrollar la virtud con intensidad -o sea su capacidad de ver lo positivo en muchas situaciones, aunque presenten dificultades serias- necesitan tener motivos para hacerlo. Estos motivos, según la situación, se basarán en la confianza que esas personas tienen en sus propias posibilidades y en la ayuda que les presten los demás. Es decir, no puede haber optimismo sin confiar en alguien. Teniendo fe, sobre todo se puede confiar en la ayuda que preste Dios.

ORDEN: *“Comportarse de acuerdo con unas normas lógicas, necesarias para el logro de algún objetivo deseado y previsto, en la organización de las cosas, en la distribución del tiempo y en la realización de actividades, por iniciativa propia, sin que sea necesario recordárnoslo”.*

Para que la virtud del orden no se convierta en la manía del orden debe estar gobernada por la prudencia. El orden es algo necesario para conseguir una

convivencia adecuada entre todos. No se trata de estructurar la vida en todos sus aspectos sino de establecer lo mínimo para poder perseguir unos objetivos de mucho valor. Y eso es ser prudente. Todos tenemos unas zonas de pasividad en relación con el orden. Alguno escribirá una carta lógica y sistemática, pero dejará su ropa repartida por el suelo al acostarse. Otro hablará y razonará con precisión, pero tendrá su mesa de trabajo en desorden total. Alguno se vestirá con elegancia y cuidado, pero tratará a los libros de cualquier modo, etcétera. Se trata de mejorar en todos los aspectos del orden, reconociendo las propias tendencias de olvidar, de ocultar o de justificar las faltas de orden por pereza. Para las personas muy ordenadas, se trata de comprender que los demás son diferentes y aceptarlos tal como son.

PACIENCIA: *“Una vez conocida o presentida una dificultad a superar o algún bien deseado que tarda en llegar, soportar las molestias presentes con serenidad”.*

La paciencia supone que compensa esperar y que se puede esperar. También supone superar las molestias que van surgiendo, con serenidad. Asimismo, aceptar unas molestias sólo tiene sentido en función del bien que se alcanza a continuación. Si no, sería un ejercicio de masoquismo. La paciencia deriva en algún bien para uno mismo o para los demás. La paciencia es raíz y custodia de todas las virtudes. Aprendiendo a dominarnos a nosotros mismos, comenzamos a poseer aquello que somos. Y es esta paciencia la que nos impulsa a ser comprensivos con los demás, persuadidos de que los demás, como el buen vino, se mejoran con el tiempo.

PATRIOTISMO: *“Reconocer lo que la patria nos ha dado y nos da. Tributar el honor y servicio debidos, reforzando y defendiendo el conjunto de valores que representan, teniendo, a la vez, por nuestros, los afanes nobles de todos los países”.*

La patria asegura al individuo las condiciones indispensables para su desarrollo intelectual, moral, social y económico. Por tanto, la persona necesita reconocer lo que su patria le ha dado y lo que le da, para luego actuar justamente con ella. Dice Santo Tomás: *“Después de Dios, son también principio de nuestro ser y gobierno, los padres, ya que de ellos hemos nacido, y la patria, puesto que en ella nos hemos criado. Por tanto, después de Dios, a los padres y a la patria es a quienes más debemos”.* Por una parte, el patriotismo significa reconocer lo que la patria nos ha dado y lo que nos da. Significa, por otra, tributarle honor y servicio debidos, reforzando y defendiendo el conjunto de valores que representa. A lo que tiende esta virtud es a que el individuo se preocupe por el bien común, en lugar de buscar la satisfacción personal a expensas de los demás. Por otra parte, el deber de la persona no debe quedarse limitado a la atención de su propia patria. Este exclusivismo se reduce a un nacionalismo exagerado, que llega a despreciar con palabras y con obras a los demás.

PERSEVERANCIA: *“Una vez tomada una decisión, llevar a cabo las actividades necesarias para alcanzar lo decidido, aunque surjan dificultades internas o*

externas o pese a que disminuya la motivación personal a través del tiempo transcurrido”.

La perseverancia hace falta para el desarrollo de todas las otras virtudes. Esta virtud se refiere a la superación de las dificultades que provienen de la prolongación del esfuerzo en el tiempo. Además, cuando alguien tiene que esforzarse en función de un objetivo, tendrá que preocuparse por tener muy en claro el objetivo para poder relacionar con él las actividades idóneas. En tercer lugar, en cualquier actividad existe un primer momento de entusiasmo cuando la persona se ilusiona con el fin propuesto. A continuación vendrá el cansancio y la desazón, cuando parece que no hay adelanto, que todo va mal, que no hay más que dificultades. Es hacia el final cuando se vuelve a ver con nitidez el objetivo, ya alcanzable, y vuelve el entusiasmo inicial ya más maduro por incluir la satisfacción del esfuerzo que ha supuesto. El vicio principal que se opone a la virtud de la perseverancia es la inconstancia. Para superar la inconstancia hay que desarrollar un “cierto sentido de orgullo”, que supone tener que seguir adelante para no traicionarnos a nosotros mismos, evitando buscar excusas, que siempre las hay, y así engañarnos, evitando cumplir el reto que nos hemos propuesto. Llegar a vivir lo que se persigue significa que estemos interesados continuamente, y solamente así seremos capaces de superar la debilidad y la inconstancia.

PRUDENCIA: *“En el trabajo y en las relaciones con los demás, recoger una información que enjuicia de acuerdo con criterios rectos y verdaderos, ponderar las consecuencias favorables y desfavorables para nosotros y para los demás antes de tomar una decisión, y luego actuar o dejar de actuar, de acuerdo con lo decidido”.*

Se trata de discernir, de tener criterios, de enjuiciar y decidir. *El sabio de corazón será llamado prudente.* No entenderíamos a la prudencia si la concibiéramos como falta de audacia. La prudencia se manifiesta en el hábito que inclina a actuar bien: a clarificar el fin y a buscar los medios más convenientes para alcanzarlo. Pero la prudencia no es un valor supremo. Hemos de preguntarnos siempre: prudencia ¿para qué? Porque existe una falsa prudencia -que más bien debemos llamar astucia- que está al servicio del egoísmo, que aprovecha los recursos más aptos para alcanzar fines torcidos. Usar de mucha perspicacia no lleva más que a agravar la mala disposición. Es la falsa prudencia del que piensa que le sobran sus propias fuerzas para justificarse. La prudencia implica tres pasos: pedir consejo, juzgar rectamente y decidir. El primer paso de la prudencia es el reconocimiento de la propia limitación; pedir consejo: la virtud de la humildad. Admitir, en determinadas cuestiones, que no llegamos a todo, circunstancia que es preciso no perder de vista en el momento de enjuiciar. Por eso siempre necesitamos la consulta de quien sabe más, pero no basta solicitar un parecer, hemos de dirigirnos a quien pueda darnos un consejo desinteresado y recto. Después es necesario juzgar, porque la prudencia exige ordinariamente una determinación pronta, oportuna. A veces es prudente retrasar la decisión hasta que se completen todos los elementos de juicio; en otras ocasiones sería una gran imprudencia no comenzar a poner por obra,

cuanto antes, lo que vemos que se debe hacer; especialmente cuando se está en juego el bien de los demás. La verdadera prudencia es la que permanece atenta a las insinuaciones del alma. Por la prudencia el hombre es audaz, sin insensatez. La templanza del prudente no es insensibilidad; su justicia no es dureza; su paciencia no es servilismo. No es prudente el que no se equivoca, sino el que sabe rectificar sus errores. Es prudente porque prefiere no acertar veinte veces, antes que dejarse llevar de un cómodo abstencionismo. No obra con alocada precipitación o con absurda temeridad, pero asume el riesgo de sus decisiones, y no renuncia a conseguir el bien por miedo a no acertar. En nuestra vida encontramos personas ponderadas, que son objetivas, que no se apasionan inclinando la balanza hacia el lado que les conviene. De esas personas nos fiamos porque, sin presunción y sin ruidos, proceden siempre bien, con rectitud. La prudencia nos hace sencillos, pero no pueriles; amigos de la verdad, pero nunca aturdidos o ligeros.

PUDOR: *“Reconocer el valor de su intimidad y respetar la de los demás. Mantener la intimidad a cubierto de extraños, rechazando lo que pueda dañarla y descubrirla únicamente en circunstancias que sirvan para la mejora propia o ajena”.*

El pudor puede evocar una sensación de algo que limita, algo que se vivía erróneamente en el pasado. Sin embargo, el pudor tiene un gran sentido para las personas que viven en una sociedad tendiente a destruir la intimidad de la persona. El pudor no esconde una realidad. La realidad es patente, pero controlada por la decisión personal. El pudor no se refiere a un aislamiento de comunicación con otras personas. Se refiere a la contemplación del propio ser para una entrega oportuna. El mundo íntimo no es algo que deba exhibirse. Sólo puede ser revelado en las circunstancias adecuadas y a la persona adecuada según las circunstancias: un amigo verdadero, el cónyuge, el confesor, algún familiar, en todo caso a una persona de confianza, en el momento oportuno.

RESPECTO: *“Actuar y dejar actuar, procurando no perjudicar ni dejar de beneficiarse a sí mismo ni a los demás, de acuerdo con sus derechos, con su condición y con sus circunstancias”.*

El respeto, que es delicadeza, valorar al otro, es imprescindible para convivir. También a aquellos que por alguna razón, casi siempre de escaso relieve, nos parecen menos simpáticos o divertidos. También la convivencia humana exige *respetar las cosas*, porque son bienes de Dios que ha puesto al servicio del hombre. Respetar la naturaleza tiene su más hondo sentido en que forma parte de la Creación y a través de ella se puede dar gloria a Dios.

RESPONSABILIDAD: *“Asumir las consecuencias de los actos intencionados, resultado de las decisiones que tomemos y aceptemos; y también nuestros actos no intencionados, de tal modo que los demás queden beneficiados lo más posible”.*

o, por lo menos, no perjudicados; preocupándonos a la vez de que las otras personas en quienes podamos influir hagan lo mismo”.

Ser responsables supone asumir las consecuencias de los propios actos. Responsabilidad significa responder, dar respuesta a la llamada de otro. Aquello que pide una respuesta puede ser la conciencia, un semejante, la sociedad o Dios. Ser responsable significa tener que rendir cuentas; no sólo aguantar las consecuencias de la propia actuación. Ser responsable significa obedecer: obedecer a la propia conciencia, obedecer a las autoridades, obedecer a Dios. La persona responsable asume las consecuencias de sus propios actos, intencionados o no, también se responsabiliza de lo que es.

SENCILLEZ: *“Cuidar que nuestro comportamiento habitual en el hablar, en el vestir, en el actuar, esté en concordancia con nuestras intenciones íntimas, de tal modo que los demás puedan conocernos claramente, tal como somos”.*

Desde el punto de vista práctico, podemos captar lo que es la sencillez contrastándola con algunos vicios que se le oponen. A ella se opone la intención turbia, el modo de actuar y de hablar, la ironía, la pedantería o la hipocresía. De lo que se trata es buscar una claridad y transparencia del hombre en su actitud íntima frente a los demás. La virtud de la sencillez permite que la persona sea conocida por lo que es, íntimamente.

SERENIDAD: *“Mantenernos apacibles, sosegados, sin turbación física o moral en todas las circunstancias de la vida, para así poder tomar la decisión correcta”.*

Si somos fuertes y pacientes, seremos serenos. Pero no con la serenidad del que compra la propia tranquilidad a costa de desinteresarse de sus semejantes o de la gran tarea, que a todos comprende, de difundir sin tasa el bien por el mundo entero. Serenos porque siempre hay perdón, porque todo encuentra remedio, menos la muerte (para los hijos de Dios, la muerte es vida). Quien conserva la calma está en condiciones de pensar, de estudiar los pro y los contra, de examinar juiciosamente los resultados de las acciones previstas y después, sosegadamente, intervenir con decisión.

SINCERIDAD: *“Manifestar, si es conveniente, a la persona idónea y en el momento adecuado, lo que ha hecho, lo que ha visto, lo que piensa, lo que siente, etcétera, con claridad, respecto a su situación personal o a la de los demás”.*

La intensidad con que se vive esta virtud dependerá de la capacidad de cada persona para reconocer lo que es la situación real. Cuando la situación no supone ninguna contrariedad es fácil decir la verdad. En todo momento es cuestión de mostrar las cosas tal cual son. Ser sincero es ser honrado, es ser justo en todas las relaciones, comenzando con la relación con uno mismo. No somos sinceros, si no nos esforzamos por realizar con nuestras acciones lo que confesamos con los labios.

SOBRIEDAD: *“Distinguir entre lo que es razonable y lo que es inmoderado y*

utilizar razonablemente los cinco sentidos, el tiempo, el dinero, etcétera, de acuerdo con criterios rectos y verdaderos”.

Es imposible crecer en la vida si uno está atado a los placeres humanos, si se usa de ellos de manera inmoderada, pues el embotamiento de los sentidos impide la vida del espíritu. A la persona le puede interesar desarrollar esta virtud para conseguir un cierto autodomínio y para no ser influido. Se utilizarán los sentidos, el tiempo, el dinero, etcétera, de acuerdo con los criterios que se hayan establecido de moderación. El hombre sobrio no se engaña. Conoce el valor de las cosas y, en consecuencia, es realista. Está en condiciones de utilizar sus recursos en bien de los demás y tiene la seguridad de saber que lo está haciendo. La sobriedad no supone no gastar, ni comer, ni beber. A la persona que gasta absolutamente lo necesario y además de mala gana le llamamos avaro. Es difícil encontrar el justo medio entre lo superfluo y lo razonable. Una persona que tenga mucho dinero, pero que no está atada a los bienes que puede adquirir y se esfuerza en la vida por servir a los demás, si sabe controlar sus apetencias deliberadamente, vivirá bien la virtud de la sobriedad. Es sobrio el que tiene buen gusto, el que sabe utilizar los cinco sentidos para disfrutar de la vida, pero con moderación y sin estar atado a cosas superfluas.

SOCIABILIDAD: *“Aprovechar y crear los cauces adecuados para relacionarse con distintas personas y grupos, consiguiendo comunicarse con ellas a partir del interés y preocupación que se muestra por lo que son, por lo que dicen, por lo que hacen, por lo que piensan y por lo que sienten”.*

La sociabilidad recobra su sentido real al considerar a la persona humana como ser social. La persona necesita de los demás para su propio proceso de mejora, y tiene el deber de ayudar a los demás a desarrollarse lo mejor posible. Si no llega a haber una comunicación entre los distintos miembros de una sociedad o de un grupo, no puede haber, tampoco, unas relaciones más profundas y específicas como son la amistad o la relación conyugal. Por otra parte, la sociabilidad se traduce en actos concretos a favor de distintas agrupaciones de personas reconocidas como semejantes, sin llegar a una relación de intimidad con ellas. En este sentido, se orienta hacia la solidaridad altruista, basada en los principios supremos de la caridad y del amor al prójimo, superando cualquier planteamiento utilitario.

TEMPLANZA: *“Moderar los apetitos y el uso excesivo de los sentidos, sujetándolos a la razón”.*

Templanza es señorío. No todo lo que experimentamos en el cuerpo y en el alma ha de resolverse a rienda suelta. No todo lo que se puede hacer se debe hacer. Resulta más cómodo dejarse arrastrar por los impulsos naturales; pero al final de ese camino se encuentra la tristeza, el aislamiento en la propia miseria. Algunos no desean negar nada al estómago, a los ojos, a las manos; se niegan a escuchar a quien aconseje vivir una vida limpia. El hombre no tiene que estar atado a las cosas que brillan sin valor, debe saber prescindir de lo que le produce daño y debe darse cuenta de que el sacrificio es sólo aparente; por-

que al vivir así -con sacrificio- se libra de muchas esclavitudes y logra en lo íntimo de su corazón, saborear la plenitud. La vida recobra entonces los matices que la destemplanza difumina; se está en condiciones de preocuparse por los demás, de compartir lo propio con todos, de dedicarse a tareas grandes. La templanza cría al alma sobria, modesta, comprensiva; le facilita un natural recato que es siempre atractivo, porque se nota en la conducta el señorío de la inteligencia. La templanza no supone limitación, sino grandeza. Hay mucha más privación en la destemplanza, en la que el corazón abdica de sí mismo.

VERACIDAD: *“Decir, usar o profesar siempre la verdad”.*

Las virtudes humanas exigen de nosotros un esfuerzo continuado, porque no es fácil mantener durante largo tiempo un temple de honradez ante las situaciones que parecen comprometer la propia seguridad. Parecería que la veracidad ha caído en desuso, que ha triunfado definitivamente la conducta de compromiso, el dorar la píldora. Se teme a la verdad. Por eso se acude a un expediente mezquino: afirmar que nadie vive y dice la verdad, que todos recurren a la simulación y a la mentira. Por fortuna no es así; hay muchas personas decididas a sacrificar su honra y su fama por la verdad, que no se agitan en un salto continuo para buscar el sol que más calienta. Son los mismos que, porque aman la sinceridad, saben rectificar cuando descubren que se han equivocado. No rectifica el que empieza mintiendo, el que ha convertido la verdad sólo en una palabra sonora para encubrir sus claudicaciones. Si somos veraces, seremos justos.

A modo de conclusión:

¿Practicar las virtudes humanas no supone aislarse del ambiente normal, no es algo ajeno al mundo de todos los días?

No.

La vida humana noble no debe ser rara ni extraña. Estas virtudes humanas conducen a la misma conclusión: es verdaderamente hombre el que se empeña por ser veraz, leal, sincero, fuerte, templado, generoso, sereno, justo, laborioso, paciente. Comportarse así puede resultar difícil, pero nunca extraño. Si algunos se asombrasen, sería porque miran con ojos turbios, nublados por una secreta cobardía, falta de reciedumbre.

Bibliografía

- Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, *Amigos de Dios - Homilias*.
 Francisco Fernández Carbajal, *Virtudes de Convivencia - Hablar con Dios*. Tomo V - 32ª Semana. Miércoles. Pág. 625.
 David Isaacs, *La Educación en las Virtudes Humanas*.